

Que envenenando su anhelo,
Llenó por siempre de duelo
El corazón de aquel hombre.

*
Pero si su heroica hazaña
Y su admirable virtud
Sólo negra ingratitud
Por premio alcanzó de España,
En este suelo que baña
El Atlántico impetuoso,
Hay un recuerdo amoroso
Del intrépido marino
Que cambió nuestro destino
Con su aliento poderoso.

*
Llor eterno al Almirante
Que descubrió nuestros lares
Llegando á nuestros hogares
Con su voluntad gigante.
Esa claridad radiante
Que difundió con su idea,
Hizo que México sea
Un pueblo civilizado,
Y su esfuerzo coronado
Por la inteligencia vea.

*
Mil y mil veces loor
Al constante y digno sabio
De cuyo elocuente labio
Brotó el cambio salvador.
La ofrenda de nuestro amor
Pongamos en el altar
Del que supo conquistar
Con aliento sobrehumano,
El laurel que el mexicano
Viene hoy á depositar.

Cuernavaca, Octubre 2 de 1892.

PRÓSPERO RAMIREZ.

AL ILUSTRE GENOVÉS

CRISTOBAL COLON,

DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO.

Hace cuatrocientos años,
Que un genovés atrevido
Por la fatiga rendido,
Sufriendo mil desengaños
De los míseros amaños
Del portugués soberano,

Buscaba en el suelo hispano
Quien diera apoyo á su idea,
Y una Isabel dijo: «sea,»
Y honró el reino castellano.
Fleta tres embarcaciones,
Lánzase al mar proceloso
Con júbilo y animoso
Desprecia murmuraciones
El pasmo de las naciones;
Y obtiene al fin sin jactancia
Por fruto de su constancia
De su saber y desvelos...
Un Nuevo Mundo, otros cielos,
Gloria, honores y abundancia.

Ya no dirán ¡pobre loco!
Ignorantes mofadores,
De la corte aduladores,
Que le estimaban en poco.
De allí en adelante, el foco
De atenciones singulares
Al volver á patrios lares,
El sería; ¡Qué ventura
Su alma sublime le augura,
Compensando sus pesares!
Mas la voluble fortuna
Dióle efimeros favores
Al que arrojó sinsabores
Por darle á España una á una
Sus proezas, que no inmuña,
Pues para colmo de penas
Le hace cargar de cadenas
El mísero Bobadilla,
Aquel baldón de Castilla,
En premio de acciones buenas.

Sólo el pueblo sevillano
Al ver al Génio befado
Y vilmente calumniado,
Le tiende al héroe la mano,
Y así le vindica ufano.
Marcha á la corte al instante
Con una causa infamante,
Y al prosternar la rodilla
Ante Isabel de Castilla,
¡Lloran reina y almirante!
Después... aquel pobre anciano,
Olvidado, escarnecido,
Fatigado y abatido,
Que dió al reino castellano
Con esfuerzo sobrehumano,
Más prez en tan solo un día
Que las que adquirido habia
En veinte siglos de vida;

¡Viendo su obra cumplida
Murió en amarga agonía!
Cristóbal Colon, sublime
Génio inmortal, que en la historia
Dejas sellada con gloria
La accion bendita, que imprime
Noble ejemplo á quien estime
Tu proceder sin segundo
Descubriendo el Nuevo Mundo.
¡Bendígante las naciones!
¡Las nuevas generaciones!
¡Noble sér, sábio profundo!

Cuautla, Septiembre 26 de 1892.

CANDIDO DIAZ.

CRISTOBAL COLON

Y EL

NUEVO MUNDO.

Disertación literaria ofrecida como tributo de respetuoso afecto, sincera amistad y profunda gratitud al ilustrado jurisconsulto y habil literato Sr. Lic. D. Cecilio A. Robelo.

EL AUTOR.

El descubrimiento de América trajo para la navegación un adelanto; para la ciencia un principio; para la carcomida sociedad de Europa la muerte de una idea; un asilo para los prosélitos de la revolución religiosa; anchuroso campo para la predicación de los hombres de buena voluntad; vastísimo arsenal para el trabajo; nueva ruta para el comercio; mansión bellísima para la humanidad; grandeza imponderable para España, y gloria inmarcesible para Colón.

I

Sujeto el vuelo de la inteligencia por las redes de la ignorancia, el ojo avisador del espíritu no había percibido más acá de los límites naturales del Viejo Mundo otra cosa que no fuesen las brumas de lo indefinido, los tenebrosos velos de lo desconocido. Sólo pensar en que risando la vasta espalda del terrible Atlántico ó del indolente Pacífico, debía encontrarse nueva tierra, había sido locura risible: ¡atentado imperdonable hacer tangible la idea para exponerla á la consideración de los sabios de la ya agonizante edad media! Por eso el ánimo acotado apenas si se atrevía á bogar en débil barquichuelo formando siempre paralelas con la costa conocida, de tal manera, que la distancia de las líneas no borrara del horizonte la cruz de la alta torre, el último cuerpo del elevado minarete ó la cúspide del empinado cerro; mudos, pero veraces testigos de la existencia de los patrios lares. Se presentía que perdiéndose las siluetas de los objetos queridos, extraña fuerza, oculta mano empujara á inevitable precipicio devo-

rador de audaz aventurero; parecía que la achacosa anciana, con el imán de maternal cariño, detenía á ciertos límites los resgosos juegos del vivaz muchachuelo con el llamado líquido elemento.

La construcción naval estaba como si se dijese en pañales: no se conocían los fuertes tumbos, las terribles tempestades, los riesgos inminentes de plena mar; y bastaba para la navegación costera la endeble caravela del pobre traficante.

En cuanto á la brújula, si bien conocida desde tiempo inmemorial por los hijos del Celeste imperio y usada en Europa desde el siglo XII, más frecuentemente desde el XIII, el marino costero necesariamente hubo que tener por más certera guía la delineación en el horizonte de la tierra conocida, que la pertinaz palpación de una barra horizontal temblando sobre un pivote. Si acaso las perturbaciones de la aguja imanada causadas por la aurora boreal, el terremoto y la tempestad fueron conocidas en la época de la navegación litoral, no pudieron ser bien definidas sino hasta los tiempos de la intercontinental, por la misma razón de que habiéndose extendido el espacio de las observaciones, se ensanchó el campo del estudio.

Por otra parte, andando el tiempo, Dionisio Papin había de tropezar en el camino de las investigaciones con la fuerza motriz del vapor, y sin la navegación intercontinental, el genio de un Watt no habría tenido ocasión de probar, en más amplia esfera, la aplicación de la teoría de Papin á la embarcación, para surcar con imperiosa mano las encrespadas olas del altivo Océano.

Queda, pues, probado, que el descubrimiento del Nuevo Mundo proveyó al adelanto de la navegación.

II

La ciencia en la Edad media era el águila herida por la saeta de la preocupación; el condor aprisionado entre la malla urdida en libros santos por audaz legislador.

La tierra se mueve. ¡Callad, quimérico Galileo! ¡Destruid vuestro presentimiento infame, porque el atrevido Josué desde la inmóvil tierra detiene el carro del impetuoso Febo! ¡Negad vuestra aseveración aunque *epur se muove* haga ver á la posteridad la fuerza afirmativa de la negación! Si se mueve, ¿para qué las cuatro columnas de apoyo? ¿para qué el gran lomo del inmenso elefante que la sostiene? ¿para qué, en fin, el noble sacrificio del colosal Atlas, que cuidadoso la soporta sobre la dura cerviz?

La tierra es esférica.—¡Ensueño risible, atrevido genovés, no cabe en lo posible vuestra aseveración! Sólo la locura manifiesta puede producir aserto semejante. ¡Compadecemos al pobre diablo, al mendigo enfermo!

Anatematicemos la idea. Es una heregía lo que no consta en la revelación divina, lo que no se contiene en los textos que norman nuestra conducta.

¡Ah! pretendidos sabios, ignorantes filósofos, á despecho de vuestra falsa ciencia, el humilde pordiosero de la Rábida, siguiendo el sendero que creáis lo conduciría al averno, encontró el delicioso edén en que se posó su planta!

En vuestro delirio místico dais una triste idea del destino del hombre: el mundo es un palacio en donde todo está manifiesto, no hay tesoros latentes que buscar; el rey debe venir á ocupar la poltrona de la holgazanería apoyando el fanal de la inteligencia; no se necesita la intensidad de esa luz donde la llama divina todo lo ha hecho patente, sin dejar antro por iluminar. Sócrates, Ptolomeo, Copérnico y otros sabios visionarios emplearon mal su tiempo devanándose los sesos por discurrir sobre lo que no admite discusión, sobre lo que todo es axioma *á priori*; debiendo mejor haberse consagrado pura y exclusivamente al deleite; en este paraíso de las huries sale sobrando lo que no es simplemente vegetar.

¡Grosera idea del llamado Rey de la creación! ¡Pero no... que al Gran Artífice, plugo hacer del hombre otra cosa más grande, más digna, más sublime!

¿Qué es, en efecto, el hombre? Un ser que despierta del sueño de la nada á la vigilia de la vida; sacude el sopor de los primeros años, contempla su pequeñez, mide la inmensidad del cosmos, y no le arredra lo inconsciente de su existencia. ¡No ha habido voluntad propia para su propio ser, tiene que investigar el objeto de su creación! Busca si tiene algo con que emprender el viaje de investigación, y el intelectus se mueve en el cerebro como respondiendo: «Aquí estoy, yo soy la luz que debe guiarte; ven, te conduciré por el florido sendero de la ciencia y verás el fin de tu estancia en este planeta.»

Y una vez hecha la luz, ahí tenéis al hombre: se lanza al mar, camina por entre las tinieblas, como el árabe en el desierto, con la sed retratada en el demacrado semblante; pero llega el oasis codiciado, y antes de arrojarse á la límpida fuente, cae de hinojos levantando los ojos al cielo prorrumpiendo en el más entusiasta Eureka!

¡Bendito seas, Dios Creador! ¡Nada se distinguía en el horizonte, ni un punto negro que anunciara tierra, pero al empuje de la nave de Colón, una onda se petrificó y la quilla tropezó con Guanahani?

¡Ser incomprensible que todo lo puedes, así haces todo, de la nada!

Y después de Colón, Magallanes acabando de redondear la tierra; y luego Sebastian del Cano, notando la retrogradación de la fecha de su itinerario.

La esfericidad y el movimiento del planeta demostradas: la ciencia enriquecida: la inteligencia del hombre estimulada. Otra fructuosa consecuencia del descubrimiento de América.

III.

El fanatismo religioso de Pedro el Ermitaño, que halló eco en la desocupada mente del hombre de la Edad media, creó las Cruzadas con el intento de apoderarse por conquista de los lugares de grato recuerdo, llamados Tierra Santa.

El intento, dicho está, fué aborto del fanatismo, pues una buena gestación de la idea habría dado buenos resultados sin toda la efusión de sangre vertida inútilmente, pues no pudo ser fructuosa conquista la retención por breve tiempo de la cosa deseada para que volviera en peores condiciones al dominio musulmán.

No puede ser buena la empresa que diezma á la humanidad, que pone á contribución de sangre y dinero á las sociedades, sin tener en perspectiva el mejoramiento del bienestar.

¿Qué beneficios pudo reportar el mundo con que el dominio de la Tierra Santa dependiera de tal ó cual nación? Ninguno en el sentido social, moral y religioso.

Me diréis que los lazos que vinculan al corazón humano con el apóstol de una santa idea, piden la posesión de sus reliquias personales, la conservación de los lugares que enalteció con su nacimiento, sus hechos, su muerte y el descanso de sus restos, porque todo esto forma como un monumento de perpetua recordación. Convengo: es muy justa la solitud, máxime si se tiene en cuenta que el corazón, aun cuando presente el futuro destino del espíritu se aferra más á lo real, á lo corpóreo que á lo ideal; gusta menos de las lucubraciones del alma que nos llevan á la contemplación del infinito que de la tosca piedra que á todas horas nos patentiza los límites de la extensión; pero decidme, si por precio de rescate se exige el hacimiento de los cadáveres de la humanidad ¿para quién queda la contemplación de la inmensa hecatombe? ¿A quién aprovecharía el cruento sacrificio?

Y no tildeis de quimérica mi aseveración, ni de exagerada la cifra. Ahí está Solimán erigiendo en Asia la célebre pirámide de los muertos; y después del efímero triunfo de Godofredo de Bullón, cuyos frutos no duraron una centuria, ahí están otras cinco cruzadas que produjeron dos millones de cadáveres.

Cierto es que los bárbaros europeos, con las guerras santas, aportaron algunas artes civilizadoras y plantas de útil cultivo, pero júzguese si no fué subido el precio de importación.

El transcurso de más de dos siglos trajo resquicios de aquellos intentos, pues se cree que el primer propósito de Colón fué apoderarse de Ceylán para establecer en la isla como la proveuría de la guerra contra los moros para obtener el dominio de Jerusalén. Por Oriente, quedaba probado, el camino estaba lleno de precipicios; en la imaginación del genovés estaba fija la idea de que por el Occidente habría ruta para el Este, y todos sabemos lo que pasó.

Cuando por encanto surgieron las risueñas costas de la virgen América, Ceylán y Jerusalem se alejaron más y más de Colón y sus contemporáneos. Desde entonces la solicitud de los Papas, Reyes y Emperadores viró á popa disputándose la invasión de estas comarcas, cuya riqueza ha podido mantener fija en ellas la mirada universal por cuatrocientos años, y la mantendrá también quizá por algunos millares. No parece sino que la Providencia, compadecida de las locuras de la humanidad, cubrió con riquísima losa el precipicio en que desaparecían las huestes de los nobles y los devotos!

Colón, pues, de grado ó inconscientemente amortiguó una idea cuya realización costaba media Europa, dejando en ruina la otra mitad.

IV.

El mundo del paganismo doblaba la cerviz bajo el peso de la idolatría. Júpiter y todo su séquito de falsas deidades olímpicas, enseñoreados del cerebro, enervaban la facultad intelectual, esterilizando la idea de toda evolución en sentido progresista. Aquellas sociedades adueñadas de la tierra conocida, respiraban un ambiente saturado de sangre, que les hacía aspirar á la matanza y destrucción del vecino para alzarse sobre los huesos del enemigo. Entre orgía y bacanales se fraguaba el complot, se organizaba la irrupción que, como terrible avalancha, cegaba vidas, arrasaba poblados, talaba campos.

El derecho era enlenguado criaturilla que apenas si establecía relaciones entre amo y criado, entre señor y esclavo, entre soberano y siervo, que sólo otorgaba á la mujer el deber de satisfacer las brutales pasiones del hombre, sin concederle más prerrogativas que la de vivir mientras la senectud y el placer no marchitaban la hermosura.

En medio de esa noche tenebrosa en que la humanidad penosamente arrastraba la vida de la inmundicia, en un cielo preñado de espesos nubarrones, surgió el apacible astro bendito de Judea, cuya potente radiación hizo huir en precipitada fuga las sombras del error.

El Galileo de Nazaret que, con palabra fácil, insinuante y persuasiva rompió las cadenas de la esclavitud, hizo caer la venda de la ignorancia, creó el equilibrio entre el derecho y el deber, instituyó la igualdad, estableció las reciprocidades de la fraternidad, sancionó la democracia y dignificó la misión de la mujer; hubo de concitarse el odio furibundo de los sátrapas hechos á otros usos y costumbres; pero sellando con su sangre la noble causa, verificó la más grande de las evoluciones que transforman el modo de ser de las sociedades.

El cristianismo, en los primeros tiempos de la era vulgar, luchó y venció con la prédica y el sacrificio de espontáneas víctimas, y ejerció benéfica y general influencia mientras no tergiversó la santa palabra de su Ilustre Fundador, ni trasgredió las sabias doctrinas del Inmortal Maestro. Y ¡qué sublime espectáculo ver rodar los ídolos por el suelo, desde lo encumbrado y rico de sus altares; sustituir un culto irracional y bárbaro por otro más ajustado á la razón y á la conciencia; conquistar adeptos á millares; y todo por obra del impulso mágico de la palabra; sin violencia, sin los oleajes de la tempestuosa mar, sin la efusión de una sola gota de sangre, sin hacer derramar una sola lágrima causada por el dolor!

Los filos de la espada de Constantino fueron puestos á la defensiva de la nueva enseñanza y á la ofensiva de la heregía, y entonces la escena cambió de aspecto.

El ojo avariento no produjo ya la lágrima del sacerdote pidiendo al cielo en sentida oración el remedio de las necesidades; el boato y el lujo substituyeron á la austeridad y sencillez del templo; el oro y las piedras preciosas ocuparon el lugar de la humilde ofrenda; la caridad evangélica puso á comercio sus favores; el pan ácimo se trocó en succulento manjar; y para más degenerar del origen, la democracia

de modesto ropaje, atavióse con lujoso manto, calzó rica sandalia, ciñó imperial corona y empuñó *omnipotente* cetro, dándose el pomposo título de Poder Teocrático. La audacia llegó hasta creerse oráculo de Dios, y la temeridad, hasta establecer la Inquisición para perseguir y castigar á los que no profesaban la religión de Roma, reconocida como oficial en los centros civilizados.

Física y moralmente la compresión es relativa; á ser absoluta, reduciría á la nada el cuerpo comprimido; por eso cuando físicamente se pasan los límites de compresión, las moléculas desobedecen la cohesión y se independen; y moralmente, los hombres comprimidos disienten y forman cismas. Esto pasó en 1519, cuando Lutero enarboló el estandarte de la Reforma religiosa.

La secta encontró numerosos prosélitos en el pueblo y hasta en los nobles y los tronos; pero las veleidades de algunos tiranos que, lo mismo jugaron con la conciencia que con su dignidad empeñada, no encontraron dificultades para volver las espaldas á sus protegidos de ayer y consentir en su persecución ó autorizarla.

Esto sucedió con los ingleses y algunos otros pueblos en el siglo XVI, pero por fortuna la noble y desierta tierra americana, á raíz de su descubrimiento, proporcionó hogar á los proscritos por la idea religiosa, y así brotaron súbitamente las colonias Norte-Americanas.

Como se vé, el gran Colón no sólo creó el asilo de los reformadores de la religión, sino que evitó quizá á la humanidad la vergüenza de una San Bartelemy más general y más terrible que la de Carlos IX.

V.

Otras veces lo he dicho: el orador, lo mismo que el historiador, deben confundir la cualidad de su criterio para hacer apreciación de los hechos: la más severa imparcialidad debe presidir sus juicios, pues la tribuna es fuente histórica, y si la fuente contiene agua encenegada por la pasión ó enfangada por la predisposición, necesariamente infectará á cuantos de ella tomen.

Por eso, si nos repugnan los actos de barbarie cometidos por los conquistadores de México, nos obligan á rendir homenaje á la virtud los actos humanitarios llevados á efecto por los hombres que, al acompañar á los conquistadores, no tuvieron más miras que la regeneración de la raza conquistada.

Cierto es que la imposición de la religión católica á los conquistados se hizo no por medios racionales, sino apelando á los subterfugios de que se vale el hombre avisado sobre el ignorante; pero esto tiene en su abono la circunstancia de que ese procedimiento es la muletilla de los misioneros de todas las religiones, pues como dice un pulcro escritor, «en las revoluciones religiosas y políticas intervienen pasiones é intereses poco de acuerdo con su ideal.»

El hecho tangible que nos presenta la historia, es que en un tiempo relativamente corto, la religión aborigene fué substituida por la que importaron los conquistadores, lo que acusa de parte de los misioneros de Indias, celo, actividad y si se quiere fanatismo apostólico por la propaganda del catolicismo.

Resulta pues, que el descubrimiento de Colón fué para los hombres del temple de Fray Bartolomé de las Casas y Fray Pedro de Gante, vastísimo campo para ejercitar su elocuencia oratoria, su actividad personal y la inagotable caridad del verdadero cristianismo.

VI

La civilización europea no cabía ya en los estrechos límites de la más reducida de las porciones que constituyen el Viejo Mundo.

La agricultura no tenía donde extender su dominios, y con ser así, frutos había que quedaran relegados al almacén; porque cubiertas las necesidades del consumo, salía sobrando la oferta y quedaba paralizada la demanda.

Las artes mecánicas languidecían con la somnolencia del genio, falta de estímulo para idear y producir innovaciones en el *statu quo* de la industria.

El cincel y la escuadra de Miguel Angel, después de decorar las galerías del Vaticano y de edificar la soberbia cúpula de San Pedro, quedarían consignados al museo de antigüedades para perpetuo recuerdo del tránsito de Buonaroti por este valle de lágrimas.

La paleta henchida de colores dejaría inactivo el pincel de Rafael Sanzio, porque la falta de novedad en los paisajes no haría descender la sublime inspiración del cielo para llenar el lienzo con la bellísima concepción del de Urbino.

Las bellas letras habrían muerto abandonadas en antro oscuro por el agotamiento de asuntos que dieran pábulo a la creadora fantasía del entendimiento, y las musas no bajarían del Parnaso a pulsar el laud para repetir los cantos de la Iliada y la Odisea, ni un nuevo Averno inspiraría a otro Dante Alighieri para la trama de otra Divina Comedia.

La invención de Guttenberg que, cual palanca de Arquímedes, removiera los óbices que estorbaran el progreso, creada para avasallar al mundo, no podría vivir en la estrechez de la parte mínima de un hemisferio.

Con tantas deficiencias, la actividad humana, aunque de atléticas formas, pronto llegaría al estado del que se asfixia con el ácido carbónico por falta de oxígeno que respirar. Pero . . . ¡No, que el hijo del humilde cardador de Génova proveyó al ensanche de los talleres del trabajo, supliendo las nimiedades de la vieja tierra conocida!

VII

El comercio sufría la atonía consiguiente a la paralización de las fuerzas vitales de la Agricultura y la Industria. Las transacciones de pueblo a pueblo eran raquíticas, y de las internacionales puede decirse que cada nación producía lo que necesitaba, y que consiguientemente nada tenía que importar, y que por razón inversa nada podía exportar. Agréguese a esto la mirada hostil y recelosa con que siempre se han visto los vetustos pueblos, y se tendrá cabal idea de la triste situación que guardara el tráfico mercantil.

Las excursiones al Africa sólo daban gente negra, cuyo tráfico, afuera de inhumano, no era necesario,

porque no eran brazos los que faltaban en Europa, sino terrenos que cultivar.

Respecto al Asia, aunque tentaran la codicia los ricos productos de China y el Japón, no eran el Mediterráneo, el Negro y el Caspio, ni el istmo de Suez, itinerarios seguros y fáciles para Pekín ó Yedo; y ni aun teniendo en cuenta el posterior descubrimiento de Vasco de Gama, doblando el Cabo de Buena Esperanza, no era fácil la navegación del Océano índico, como lo probó más tarde el infausto suceso del malogrado Magallanes.

Atrofiado el antes incansable Mercurio por la falta del movimiento, indispensable para mantener sus hercúleas formas, doblaba la noble cabeza apoyándola en el simbólico caduceo, implorando del potente Júpiter compasiva y paternal mirada y remedio eficaz y seguro.

No fué precisa la olímpica protección; el navegante genovés acorrió la necesidad, dando al Mundo Nuevo un mercado, y al comercio nueva y anchurosa ruta.

VIII

Un viejo castillo con fuertes y elevados torreones, rodeado de anchos fosos, con puente levadizo en la fachada principal, sótanos extensos y siempre repletos de víveres, numerosos y grandes departamentos. Hé aquí el albergue del apuesto caballero, genuino representante del legendario feudalismo, especie de cacicazgo forjado en las lides de la pujanza, la astucia y la temeridad, y conservado por la fuerza del terror.

Cada castillo medía algunas leguas de leguas a la redonda que sepultaba como su real y exclusiva propiedad, que puesta a contribución de cultivo por los siervos del feudo, daba el rico tributo para sostén del poderoso Señor, ocupado siempre en aventuras caballerescas y coloquios amorosos.

Moneda corriente de aquella época luctuosa, era que los siervos se aprestasen armados de punta en blanco a luchar por su Señor, para vengar ofensa, satisfacer capricho ó adular potestad superior.

Vida y hacienda quedaban a merced del Príncipe, Conde, Marqués ó Duque, con la perspectiva de un porvenir de esclavitud y servilismo para los descendientes.

No era rara la ocasión en que por los reveses de la lucha los siervos, como bestias, pasaban de mano en mano, probando los sinsabores de la enagenación. ¡Triste, pero verdadera condición del hombre paria de la Edad media!

A veces la plétora de gente, obligaba a los nobles a preparar la guerra en infernal consorcio, como demanda urgente de la plenitud rebosante.

Sombras sobre sombras, ennegrecían el cuadro de la situación de la humanidad, cuando la intrepidez de Colón, rasgando las brumas que ocultaban un tesoro, señaló con el índice un nuevo suelo, y exclamó: «Hé aquí la tierra de promisión, en que se romperán las cadenas de la esclavitud.»

Y los míseros vasallos volaron ansiosos, en pos de la perla de Occidente, que les prodigó rico suelo con auras libres, esplendente sol, espesas selvas, empinadas montañas y bellissimo horizonte, en que sólo irradiaba el astro de libertad.

IX

Recorría las cortes Colón mendigando provisión de recursos para su obra, y el poderoso, que no recibía con sarcástica sonrisa el llamado loco devaneo del genovés, le dejaba sin contestación, significándole el más profundo desprecio.

Italia, Portugal y Francia, fueron favorecidas con la invitación, y Francia, Portugal é Italia y hasta el austero Fernando de Aragón, contestaron con marcado desdén, la activa solicitud.

Sólo tú, inmortal Marchena, que a través de los harapos distinguiste las formas del genio, y en la fácil palabra adivinaste la lógica invencible de la ciencia, acorriste primero, a la protección del hombre singular, que adelantándose a su tiempo, probó una verdad científica, que sirve de base y apoyo a innumerables principios del humano saber.

Y tú, magnánima Isabel, que después de procurar y obtener para tu patria la unidad española y la libertad de Granada te mostraste tan celosa por el secreto de Colón, que exhaustas tus cajas le brindaste con las joyas de tu corona para armar las naves del puerto de Palos, ¡cuán digna eres del lugar prominente que ocupas en la historia y en el agradecido pecho de todos los que recibieron beneficio con el descubrimiento de este continente! ¡Salve, ilustre reina, participe de la gloria creada por el fausto acontecimiento de este continente!

La longitud de los dominios de España, por tres siglos, puede decirse que se medía con un paralelo justo del ecuador; no sin razón Felipe II aseguraba que en sus Estados jamás se ponía el sol; cuando se hundía en el Ocaso para la Península, coloreaba los arreboles matutinos de América, y cuando desaparecía por el Occidente del Nuevo Mundo, anunciaba su Orto en la Oceanía, para tornar de nuevo a dar calor a los benditos lares de Rodrigo y de Pelayo, de Fernando y de Isabel. Cesó el dominio real ó efectivo de España, pero continuará y se perpetuará, perdiéndose allá en la inconmensurable lejanía del tiempo futuro, ese dominio moral sellado con la imposición de la civilización europea; unidad de origen que se conoce por el idioma, por las costumbres, por la sangre, por los rayos característicos de la estirpe total, señales que sólo borrarán la extinción de la raza hispano-americana, que todavía no se entrevé.

Queda, pues, probado, que con el descubrimiento que hoy se celebra, es imponderable la grandeza que adquirió España; porque si todos sabemos que comenzó en 12 de Octubre de 1492, nadie puede profetizar, cuando terminará.

X.

¡Cristobal Colón, queda hecho el proceso de tu grandísima obra; expuestos están los argumentos de la discusión del mérito que te asiste, y después de compararte con tus antecesores y pósteros, te contemplo prócer entre los próceres y me considero muy pequeño, un átomo para discernir el premio que te mereces! Exigua es la ofrenda que puede consagrar-te el pigmeo, pero su sinceridad la hace digna de concurrir con el homenaje que te rinde toda la humanidad!

Si grande eres al dar hogar a media humanidad é inagotable riqueza al Mundo entero, exímio te considero despertando con tu atrevido ejemplo el deseo de escudriñar las apartadas regiones de los procelosos mares en busca de nuevas tierras.

Después de tí, Américo Vespucio, Vasco de Gama, Magallanes, Sebastian del Cano; y luego los conquistadores Diego de Velazquez, Pizarro, Cortés y Pedro de Alvarado; todos tus émulo entonando cánticos en tu loor al pisar tu bendita tierra.

Después de América nos diste la Oceanía; y después de tu singular ejemplo hemos visto explorar los petrificados mares glaciales en busca de los escondidos polos de este globo.

Redonda es, dijiste, la habitada tierra, y tu afirmación sirvió a Galileo para apoyar las enseñanzas de Copérnico; y en Galileo y en tí fija la mirada de Isaac Newton pudo sorprender el secreto de las leyes de la gravitación universal.

¡Ah, la imaginación se ofusca al evaluar las consecuencias de tu nunca bien ponderada obra; sólo al terminar la sucesión de los tiempos los ángeles podrán hacer la suma de los beneficios que causaste!

En cuanto a la humanidad, podrá entonar tu alabanza en mal forjados versos, porque no hay lenguaje digno de tu gloria; hará el bosquejo débil de tu personalidad mientras la poesía se enriquece con nuevas formas y el cielo hace descender el alado genio que forme tu panegírico; pero no hará el templo digno de tu majestad, porque no es el hombre meritorio artífice, ni la tierra buen material para esa construcción. Dios, que fortaleció tu espíritu ante el complot de los amotinados; que te dió certeza al conceder el breve plazo para distinguir a Guanahaní te tiene ya en el solio que merece tu grandeza; desde él bendice a tu globo y procúrale todo bien, todo progreso.

El Hacedor Supremo, como dignificó al hombre genesiaco entre todas las obras de la creación, te ha juzgado el más preclaro de los héroes; y si hubo de decir para otros: hágase la gloria; para tí dijo: *Hagamos la gloria de Colón.*

Sergio Hormigo.

